

Iván Martínez Hulin

EL VUELO DEL CISNE



© Editorial Independiente

© Iván Martínez Hulin
www.martinezhulin.com

Segunda edición: mayo, 2015
Tercera edición: marzo, 2020

Cubiertas: Juan Carlos Martínez y Mar Creativos ©
www.marcreativos.com

Corrección: Lydia Rodríguez Mata
www.correccionesdeestilo.es

Editorial Independiente
Ediciones Literarias Independientes, S.L.
www.editorialindependiente.com

ISBN: 978-84-944114-3-4

Depósito legal: MA 707-2015

P.V.P: 18,00 €

Impreso por: Publicep IdPrint

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total y/o parcial de este libro por cualquier medio sin la previa autorización por escrito de los propietarios del *copyright*.

Cuando llega la hora de emigrar, los cisnes vuelan lejos, hacia las tierras cálidas, en busca de las aguas saladas. Dejan todo tras de sí para encontrar un lugar mejor donde habitar por otra temporada. Nunca tendrán un hogar fijo, siempre volando con la sucesión de las estaciones, siempre adelante en un ciclo eterno de constante cambio...

Cuando la conocí, ella era como uno de esos cisnes, comparable en belleza y majestad, pero ocultando su plumaje inmaculado. En ocasiones, la vida conduce a esta actitud y nos priva de la visión de las personas que son capaces de brillar con luz propia, oscureciendo esos haces luminosos bajo las tenues sombras de las máscaras que con tanto ahínco hemos forjado para nosotros mismos en el horno de la desidia. Ella era así, una persona común como podrían serlo ustedes, sus vecinos, sus amigos o yo mismo, pero supo cambiar, pudo arrancar su máscara y mostrar la luz de su alma. Esta es su historia o, al menos, el último gran capítulo de su vida.

Capítulo 1

El estanque de los cisnes

La carretera que llevaba al pueblo estaba polvorienta, como durante los veranos. La falta de lluvias en la zona provocaba que estos fueran terriblemente secos y calurosos y, aunque ya no era verano, sus vestigios aún se dejaban sentir.

Los baches se multiplicaban por mil y dificultaban el acceso al coche, que había sido diseñado con minuciosidad para las cuidadas calles de la ciudad. El traqueteo del auto era constante y Nuria se maldijo por haber tenido la brillante idea de conducir sola hasta el pueblo. Aquellos caminos descuidados, dejados de la mano de Dios, y sobre todo de las del Estado, le divertían en otros tiempos, cuando jugaba con su hermano en la parte de atrás del seiscientos, el coche familiar por aquel entonces. ¿Cómo había sobrevivido aquel cacharro, orgullo del proletariado de antaño, a esas vías impropias de ningún vehículo rodante? Pero, si el viejo seiscientos había pasado esa misma prueba verano tras verano durante muchos años, su coche actual, tecnología alemana punta, no iba a ser menos. Sujetó el volante con firmeza, como si fuera un hilo conductor capaz de transmitir su determinación al vehículo, y se dispuso a seguir adelante.

Desvió la mirada hacia la ventanilla izquierda, que permanecía cerrada a cal y canto para que no escapase del recinto del vehículo el fresco que proporcionaba el aire acondicionado, y sus ojos fueron a dar con los campos que circundaban el camino. Estaban secos y parecían un mar interminable de ocres amarillentos a la vista.

Encontró parcelas descuidadas, por supuesto, pero las pocas que estaban sembradas y arregladas albergaban aguacates, viñas y algunos frutales, aunque lo que más abundaba eran los olivares grandes y extensos que, como una marea verde-agrisada, no ayudaban a añadir más colorido al paisaje precisamente. Nadie parecía cuidar ya la mayor parte de aquellas tierras de labranza, nadie mimaba el fruto de la tierra o lo recogía en las estaciones apropiadas.

La mente de Nuria comenzó su propio viaje por culpa de un ramalazo de recuerdos que le invadió como una lluvia primaveral, inesperada y grata. Durante los días de verano, la calma chicha y el silencio lo dominaban todo. Por la noche, lo único que podía escucharse era el cantar continuado de los grillos. Tal como ella lo recordaba, el pueblo era un lugar sencillo, alejado de la civilización, y así le gustaba que fuera. Se había mantenido como lo conoció en los largos veranos que pasaba de pequeña con sus padres y su hermano. Probablemente, no cambiaría jamás. Esto era lo que encerraba parte de su atractivo, de su encanto natural, propio, único...

Aunque pudiera parecer lo contrario, la villa distaba mucho de ser normal, pero menos aún lo eran sus gentes. De ellas no se podía decir que hubieran sido lo que uno esperaba de los típicos habitantes de un municipio andaluz, como la mayoría que visitó a lo largo de su vida. No, allí las personas se ocupaban única y exclusivamente de sus asuntos, en una especie de ley no escrita, tácita, de vive y deja vivir. No se inmiscuían en la vida de sus convecinos ni chismorreaban en los mentideros sobre las actividades de los demás. Bueno, algunos sí, ciertamente, pero no la mayoría. Puede que en parte se debiera a los orígenes poco ortodoxos de los habitantes del lugar. Se decía que una comunidad de *hippies* se había instalado en aquellas tierras en los años setenta, cuando la mente y las fronteras de España comenzaban a abrirse al resto del mundo. En un tiempo en el que esto no era tan habitual, el pueblo estaba

casi abandonado, y los nuevos habitantes supusieron la prolongación de la existencia de aquel conjunto de casas miserables. Más y más parejas se fueron sumando al creciente grupo de vecinos, llegando a alcanzar un número cercano a la centena. Debido a las mentalidades liberales de los *hippies*, a los horizontes personales expandidos y a la locura de aquellos maravillosos años, casi podría haberse dicho que eran como parte de una gran familia única.

Sin duda, los veranos de la infancia de Nuria habían sido los mejores. Recordaba con cierta hilaridad ser la envidia de los compañeros del colegio, cuando volvían a verse al comienzo del curso siguiente y comentaban cómo habían pasado las vacaciones. Claro, pocos de ellos tenían la posibilidad de enfrentarse a las curiosidades de aquellos años con la naturalidad con la que podían hacerlo Nuria o su hermano. Eso provocaba que ella se considerase secretamente afortunada, especialmente cuando tuvo la edad suficiente como para darse cuenta de la cantidad de represiones y estupideces preestablecidas de las que se había librado, al menos, durante esos tiempos. ¿Podía decir lo mismo ahora? El apunte amargo no duró más que un instante en su cabeza. Quizá su visión de entonces no era completa debido a la inocencia inherente de la juventud, pero una cosa era segura: ayudó a forjar la rebeldía que bulliría en su interior desde entonces y de la que se sentía completamente orgullosa. Una rebeldía que motivó su regreso. Una rebeldía que quizá, solo quizá, supusiera el principio de un nuevo comienzo.

Un golpe seco sonó en los bajos del coche. “¡Mierda!”, pensó. “Como me haya cargado el BMW, Sebastián me matará...”

Detuvo el coche a un lado del camino y salió para comprobar si se veía, a simple vista, alguna suerte de daños. Nada goteaba o humeaba, así que, para sus limitadísimos conocimientos de mecánica, la cosa marchaba bien.

Hacía un calor insoportable fuera del vehículo, lejos del frescor protector que confería el aire acondicionado, y Nuria se maldijo por traer puesto el traje de chaqueta en lugar de un atuendo más apropiado para los ardores del campo, y bien que los recordaba en su memoria. Podía haberse tomado un momento antes de comenzar el viaje, pero no, partió directamente desde el despacho al terminar la jornada. No tenía demasiado tiempo, o quizá fueran ganas, para pasar por casa y cambiarse. A Sebastián no le agradó su decisión de ir sola al pueblo y ya discutieron dos veces aquella mañana a causa del viaje. Al final, al hombre no le quedó otra alternativa más que resignarse. Aunque últimamente no lo practicaba demasiado, la rebeldía de Nuria terminó por imponerse, de ahí las discusiones. Con el paso de los años, había ido cediendo terreno a Sebastián hasta que casi no le había quedado más que rendir. Sebastián..., siempre Sebastián. Él tomaba las decisiones, él hacía y deshacía a su antojo..., era el sol alrededor del cual orbitaba Nuria, como un planetilla ridículo carente de importancia. No era únicamente ella, sino la totalidad del complejo entramado de su existencia, de su vida... Sebastián, siempre Sebastián.

Con un gesto desafiante, se quitó la chaqueta, arrojándola al interior del auto con despreocupación, y desabrochó los botones de los puños de su blusa, remangándose después hasta el codo. Se enjugó el sudor de la frente con un pañuelo de papel que llevaba en el bolsillo y dio un par de pasos adelante. Desde allí, aún no se veía el pueblo. Quedaban apenas unos pocos kilómetros.

Miró en derredor. No todo le resultaba tan familiar. Era fácil recordar las impresiones, el calor, los colores de la campiña, incluso los sentimientos que afloraban sin dificultad, pero no era tan sencillo orientarse de nuevo en aquel ambiente que ya no le resultaba familiar. Había dado de lado a esa cara oculta de su vida durante demasiado tiempo y perderse era una de las consecuencias lógicas de esta decisión. Incluso el campo,

que parece estático e inmutable, cambia. Observó a su alrededor entonces, buscando alguna señal, algún pedacito de tierra, alguna piedra, un árbol quizá..., algo que le ayudara a saber dónde se encontraba exactamente.

Una leve sonrisa acudió a sus labios, perfectamente pintados y perfilados, al reconocer el lugar en el que había ido a detenerse. Estaba justo delante de la porción de finca que una vez trabajó Miguel. ¡Ah, Miguel! Uno de los primeros habitantes del pueblo *hippie*, como cariñosamente le apodaban los niños sin saber qué quería decir aquello exactamente, y que durante muchos años había hecho las veces de alcalde y figura pública representativa. En realidad, siempre fue uno de los pilares de la comunidad porque continuamente se las ingeniaba para mantener a la gente unida como una piña, generando cariño entre ellos y apoyo en los momentos de adversidad. Miguel resultó ser un líder inspirador en muchos sentidos. Aún recordaba su estampa delgada, magra, con el pelo moreno, algo descuidado, cayendo sobre los hombros como una marea de algas vivas que lamieran ansiosas la costa después de una larga pleamar. De niña, Nuria había tenido a Miguel como una especie de amor platónico y bien pudiera ser que mucho más que eso. El hombre representaba al adulto deslumbrante a los ojos de una niña que apenas comenzaba a desarrollar sus pechos. Cuántos recuerdos. Sonrió imperceptiblemente y los alejó trayendo su mente al presente, a la realidad del campo que la rodeaba.

La parcela estuvo sembrada en otros tiempos de calabazas, o eso creía recordar Nuria. Su memoria era buena, pero no infalible, aunque tampoco es que el detalle tuviera importancia.

Existía otra razón por la que amaba tanto aquella zona en particular. Sí, sin duda alguna, Miguel no era capaz de acaparar los pensamientos de una adolescente. La razón por la que podía acordarse de aquella tierra en particular era porque

desde allí se llegaba más fácilmente al lago. El lago... La reminiscencia brilló con claridad en su mente. Así es como lo llamaban, aunque no se trataba en realidad de un lago, sino más bien de un pequeño estanque que un arroyo cercano formaba a su paso por la región. Ni el abrasador sol de Andalucía podía secar aquel arroyo, que siempre conservaba parte de su caudal. A veces, corría cantarín y trotón por entre las piedras de la cañada y otras, mermado por los calores de la canícula, apenas se dejaba sentir más que como un leve chorro minúsculo y tibio, pero, al alcanzar la depresión que se hallaba entre las lomas, allí sí que florecía en esplendor, rebosante, saciante, llenando con sus aguas, con mayor o menor generosidad, lo que los niños apodaban cariñosa y exageradamente como el lago. Por esa misma regla de tres, el estanque siempre estaba allí para que los chavales pudieran disfrutar de sus aguas cristalinas durante los días de hastío del verano.

Para Nuria, aún resonaban las carcajadas en el idílico rincón y fue como el canto de las sirenas para un Ulises perdido. Sin pensarlo dos veces, se alejó del lugar donde estacionó el coche. Siempre le sucedía lo mismo. Era como si esta zona tuviera un efecto hipnótico sobre ella, un influjo inexplicable y, siendo francos, tenía que reconocer que le encantaba dejarse llevar por esa extraña fuerza surgida de tiempos lejanos y más felices. Más felices... El pensamiento se le atragantó con amargura.

¿Por qué no echar un vistazo? Nada se lo impedía. La carretera estaba desierta y, si algún vehículo agrícola necesitaba circular por ella, el BMW había quedado lo suficientemente apartado a un lado de la vereda como para que pudiera hacerlo sin complicaciones.

Cerró con el mando, porque los caminos no eran tan seguros como solían y, sin molestarse siquiera en mirar atrás, atravesó el antiguo campo de labranza de Miguel, ahora descuidado y repleto de malas hierbas. Malas hierbas y cardos,

pero cardos de esos borriqueros, grandes y llenos de pinchos. Algo tan vulgar a primera vista encerraba también su propia magia misteriosa. Cuando estaban verdes, solían tener bellos colores que iban desde el blanco al malva, pasando por el azul y el rojo. A Nuria siempre le resultó curioso cómo algo tan bello podía llegar a ser tan dañino. Nunca logró explicarse qué finalidad cumplía el cardo dentro del orden natural de las cosas, pero le encantaban, especialmente los de color morado. Ella misma solía compararse con uno. Cuando era adolescente, decía divertida, con un aire que le daba entre poetisa y cursi: “Yo soy como un cardo, tremendamente bello y atrayente pero, si me tocas, te puedes pinchar. Aunque, sobre todo, soy dura, tan dura que puedo sobrevivir al sol más abrasivo o a la carencia de cuidados e incluso de aguas que me alimenten”. Por supuesto, aquello no era cierto, pero a ella le gustaba pensar que encerraba un asomo de verdad. Lo había mantenido con firmeza hasta la universidad, como si se tratara de un mantra fortalecedor. El cardo era el símbolo de Nuria, su tótem personal que le recordaba cada día de su vida cómo ser dura y atractiva a la vez, o cómo la belleza podía resultar peligrosa, según el caso. Bien pudiera ser que ambas cosas.

Abstraerse, concentrada en sus pensamientos, provocó un descuido. El roce con una de aquellas plantas espinosas le devolvió a la realidad con una leve punzada de dolor. Se había raspado el brazo, lacerándose la piel tersa y mimada a base de carísimas cremas cosméticas. Ahora tendría que aguantar unos picores de aúpa el resto del día. Conocía bien esta clase de heridas. Quizá pudiera aplicarse un poco de barro cuando llegase al estanque..., como solía hacer cuando era niña. El barro ayudaba a aliviar las rozaduras y las picaduras de los insectos, remedio aprendido de las vetustas mujeres del lugar. ¿Cómo había podido olvidar aquello durante tantos años y volver a recordarlo ahora, en un fugaz instante de necesidad?

Una idea impropia de su edad le cruzó la mente. ¿Y si..., y si tomase un baño como cuando era niña..., para recordar los viejos tiempos? La zona no parecía de especial interés para los niños y jóvenes que hoy en día debían de poblar el lugar, a juzgar por el silencio y la ausencia de transeúntes. Si no había nadie, quizá pudiera disfrutar un rato del agua refrescante antes de llegar a la casa familiar con las compras que había hecho en el supermercado de otro pueblo no muy lejano. En el suyo nunca había existido ninguno, así que había procurado abastecerse con lo necesario para el tiempo que pensaba pasar allí. No traía demasiada ropa, menos de abrigo, pero tampoco hacía suficiente frío como para arriesgarse a coger un catarro. Aunque octubre estaba bien entrado, el sol había sido particularmente cruel este año y parecía negarse a claudicar ante el otoño.

Llegó a la pequeña arboleda situada al fondo del terreno. ¡Cómo se notaba dónde se hallaba el agua! La riqueza de la vida, que no cejaba en su empeño de perdurar frente la desolación, se mostraba exuberante ante una desertización que se anunciaba más cierta en esta parte del país. Eran los únicos árboles verdes que quedaban en muchos kilómetros a la redonda. Entre los viejos troncos, se dejaba ver la espesa selva de juncos que rodeaba el estanque, siguiendo al arroyo a lo largo de su cauce, bordeándolo protector y eternamente dependiente a la vez. El entorno parecía más inmutable aún allí que en el resto del paraje, como si el tiempo tuviera la virtud de resbalar por él sin llegar a afectarlo. Bien pudiera parecer que no hubiesen pasado un buen puñado de años desde que ella disfrutara de sus aguas por primera vez. Tuvo la sensación de que, de un momento a otro, iban a surgir de algún lugar velado Raúl, Elena, Carlos y José cantando y jugando entre las hierbas más altas, preocupados solo en encontrarla y ver quién soltaba la carcajada más alta en sus juegos acuáticos del estanque. Casi podía verlos allí, como si nunca hubieran crecido o los años

transcurridos no los hubieran transformado en absoluto, yendo a resbalar la corriente temporal por sus cuerpos inmaduros, igual que sobre el paisaje, negándose a transmutar la candidez de tiempos más inocentes.

¿Qué habría sido de la mayoría de ellos? Nuria no pudo evitar preguntárselo mientras avanzaba hacia la orilla y tomaba un poco de barro húmedo en la mano para untárselo en el brazo marcado por el cardo. Puso cierto cuidado en no mancharse la blusa, viejas costumbres adquiridas que tardarían un tiempo en borrar las nuevas, un choque inconsciente entre dos maneras de entender la vida que aún le tenía reservada mucha guerra por delante.

Sabía que Elena fue a vivir a Madrid cuando terminó la carrera de Derecho. José se había casado con una chica de Segovia y se trasladó allí, yendo a trabajar como mayoral de la finca de su suegro. Todavía se felicitaba las Navidades con Elena, pero a José hacía años que no le escribía. Tomó nota mental en la sección de tareas pendientes. Era tan buen momento como cualquier otro para retomar el contacto, si es que todavía era capaz de encontrar su dirección. De Carlos y de Raúl no volvió a saber más desde que dejaron de veranear en el pueblo, hacía ya muchos años. “¡Nuria, por Dios, te estás haciendo vieja!”, se increpó, como si pudiera hacer algo al respecto. No paraba de recordar las batallas de antaño. ¿Por qué estaba tan nostálgica? Bueno, existía cierta lógica en ello. Hacía mucho tiempo que no regresaba al pueblo, en concreto, desde... desde la muerte de su hermano. Aquel fue un golpe terrible para toda la familia, pero especialmente para ella, que siempre ejerció de hermana mayor. Había respondido por su hermano constantemente y le cuidó como si de una segunda madre se tratara, y de repente, un buen día, inesperadamente, un accidente de coche acabó con el cariño y la protección. Segó una vida que apenas comenzaba. ¡Qué desolación se apoderó de ellos! ¡Qué días de intenso dolor sucedieron a ese terrible momento! ¡Qué

muerte en vida había dominado a su madre, que jamás se recuperó totalmente del trágico embate..., de la espantosa pérdida! Nuria la había culpado después, en secreto, por no ocuparse de ella, que aún seguía viva y la necesitaba; pero, como su propio dolor era tan amargo, no quería imaginar, no podía suponer cuán horrorosamente mayor debía de ser el de su madre. Con el tiempo, aprendió a perdonar lo sucedido y, cuando la pena se la llevó, supo dejarla ir en paz, sin nada que reprocharle, sin ninguna clase de rencor en el corazón, únicamente con el amor infinito que puede albergar una hija desconsolada.

“¡Au!” se quejó cuando, aplicándose el barro, rozó sin querer el arañazo con la yema de los dedos. “¡Escuece de narices...!” Se quedó pensativa al escuchar sus propias palabras. “De narices...”, recalcó y comenzó a reír. Era una expresión que no utilizaba desde que era pequeña. La hermana... ¿Cómo se llamaba? La hermana Clara, sí, era Clara la que solía reprenderla al escucharla hablar de esa manera y, con los años, logró convertirla en una señorita o por lo menos, consiguió que no hablase como un chico. Resultaba gracioso. A Elena le sucedía lo mismo. Pasaban tantas horas con los muchachos, que eran como dos chicas más. Su padre la llamaba así muchas veces y es que ella era la más aventurera y masculina de los dos hermanos. Nachete siempre fue más tranquilo. Si había un árbol para trepar, allí estaba Nuria. Que había que cruzar el arroyo en equilibrio sobre un par de sogas atadas de un extremo de una orilla a otro, ahí estaba Nuria. Para pelear a pedradas con los chicos del pueblo de al lado, allí estaba Nuria, siempre en la avanzadilla y la última en retirarse. En cambio, Nacho solía permanecer bajo las sombras de los olivos con algún libro entre las manos como perenne compañero. Era un ávido lector. Eterno devorador de las palabras escritas, las engullía con la pasión de un amante desprendido. Adoraba las letras y sus aventuras, que para él se desarrollaban únicamente en la imaginación, en su fantasía. Era más delgado que Nuria y de aspecto enfermizo,

pero poseía una voluntad férrea, un espíritu vivo y luminoso, capaz de contagiar con energías inacabables al más pintado. Cuando se reunían en el jardín, ella solía decirle que tenía alma de poeta. En respuesta, él recitaba los versos juveniles e inocentes que había compuesto, en tanto su hermana jugaba con los demás. Por contra, Nuria era la amazona incansable, infatigable, tan ansiosa de emociones como Nacho lo estaba permanentemente de lectura.

Volvió a sonreír al recordar aquellos instantes, al ver con los ojos evocadores del recuerdo la imagen de su hermano, feliz en la paz del verano. Una lágrima acudió a sus pupilas... Los retratos felices de la infancia se sucedieron con velocidad, dando paso a la silueta de un ataúd color caoba con un enorme crucifijo sobre la tapa. Cuatro grandes cirios lo rodeaban y las plañideras, grupo al que ella se había negado a pertenecer, lloraban desconsoladas llenando el hueco espacio de la iglesia con el eco de sus lamentos. Podía recordar con claridad la penumbra poderosa dentro del recinto sagrado, eso y la horrible caja que albergaba los restos del joven cuerpo de Ignacio. ¡No! ¡No había llorado entonces y no lo haría ahora!

Obligó a su mente a regresar al cultivo y se secó las lágrimas con la mano. Su cara adoptó una expresión de furia dedicada a sí misma a causa de su debilidad. Prefirió retornar a las memorias de los tiempos en los que era feliz, a las carcajadas de los compañeros de juego, a las tardes desocupadas, a los dulces y las frutas, a las risas y las canciones...

Siguió avanzando en dirección al codo en que el arroyo se convertía en laguna y le pareció escuchar algo, como si alguien silbara y chapoteara en el agua del estanque..., su estanque... De nuevo, recuerdos del pasado afloraron. Carlos solía silbar una tonada popular mientras salpicaba adrede a las chicas con el agua en los días en que el arroyo bajaba más frío. También era cierto que ellas solían vengarse de él a placer.

Sonrió levemente y pensó en la posibilidad de que se tratase del mismo chico, aquel rubio travieso convertido por obra y gracia del transcurrir de los años en un hombre hecho y derecho. Un escalofrío recorrió su cuerpo de mujer, conmemorando la sensación de ser besada, siendo apenas una muchacha, por primera vez. Se acordó de la manera en que el rostro de él, más endurecido por el paso del tiempo, se había aproximado al de ella en lo que creyó una eternidad. El roce de los labios primerizos, su brazo rodeando el cuello firme, sintiendo por vez primera el placer de habitar la antesala de la unión, de la entrega. El leve temblor involuntario del organismo provocado por la candidez propia de la edad. La palpable diferencia que se esclarecía en la mente, más que nunca, de la abismal separación habida entre masculinidad y feminidad. Dos universos completamente diferentes y, sin embargo, tan necesitados el uno del otro. Inexplicablemente complementarios. Condenados a entenderse.

El chico había sido Carlos. ¡Cómo no! Nadie era tan extrovertido o descarado como Carlos. Solo él podía tener la osadía, la desvergüenza de romper las barreras, los tabúes y los miedos infantiles y robar un beso de los labios inmaculados de la Nuria de entonces. Solo él podría haber subyugado a la amazona, como un moderno Heracles a una sorprendida Hipólita.

Su sonrisa se hizo aún más pronunciada al recordarle.

Apenas unas pocas matas de juncos la separaban del estanque. Las apartó con delicadeza, como esperando sorprender a Carlos por la espalda y, entonces, fue consciente de que este, el amigo querido de la infancia, únicamente podía encontrarse en su imaginación. Frente a ella, en medio del estanque, con el agua hasta la cintura, se encontraba un hombre, pero, desde luego, no se trataba de Carlos. Aun habiendo crecido, no podía haber cambiado tanto. Era un tipo de unos treinta o treinta y pocos que se frotaba la espalda con las manos enjabonadas mientras silbaba despreocupado. Nuria sintió un arrebató de

vergüenza creciendo en su interior. En cambio, de alguna manera, no fue capaz de retirar la vista inmediatamente.

El hombre tenía la piel tostada, lo que denotaba una larga y habitual exposición al sol, y su cabello, mojado en parte, caía en forma de rizos de color castaño, cubriéndole el cuello y rozando apenas sus hombros. Estaba delgado, pero su piel se tensaba alrededor de los músculos bien definidos de sus brazos y espalda. Marcados con cada movimiento, los omóplatos la hipnotizaron. Era como si nunca hubiese visto a un hombre desnudo. Nuria sonreía y negaba con la cabeza. Quería apartar los ojos, pero una fuerza irresistible se lo impedía. Siguió la línea de su espalda y observó las nalgas que, desprovistas de cualquier ropa, se vislumbraban a través del agua cristalina del estanque, bien redondeadas. Fue en ese preciso instante cuando cobró la fuerza necesaria, digna del buen gusto y de la mejor educación, y se obligó a volver la cabeza. Tratando de no hacer ruido, se retiró con presteza sobre sus pasos con el fin de no alertar al bañista.

Cuando salió de la zona arbolada que ocultaba el estanque y el paso del arroyo, suspiró con cierto alivio. Nunca había experimentado nada parecido a lo que acababa de vivir. Estaba a medio camino entre la vergüenza más profunda y la leve excitación del comienzo de un deseo superior. Reparó en que su respiración era entrecortada y la timidez aumentó. Ciertamente, a lo largo de su infancia había visto a muchas personas desnudas en el pueblo y no todos eran de su edad, pero la educación de la ciudad había vuelto a poner las cosas en su sitio y los tabúes de los que se liberó durante sus años de juventud, habían regresado con la escuela y, posteriormente, con más fuerza si cabía, con la etapa universitaria. Personalmente, ella no pensaba que tuviera nada de malo la desnudez del cuerpo, pero observar a alguien que estaba desnudo sin que la otra persona fuera consciente de su presencia... era harina de otro costal.

Hacía tanto tiempo que no sentía algo parecido a lo que acababa de experimentar, que se sintió culpable por el mismo hecho, el acto que la había conducido hasta la indiscreción y las sensaciones que le recorrían a la vez. Una especie de deseo, de necesidad mayor de lo que ella quería o estaba dispuesta a reconocer, palpitaba aceleradamente junto a su corazón. ¿Acaso lo sintió en el pasado? Desde luego, no fue con Sebas. Sebastián podía ser muchas cosas, a saber: interesante, seguro de sí mismo, adulto de palabra y de hecho; pero, con absoluta certeza, una cosa no era de ninguna de las maneras: excitante. Saboreó la palabra no pronunciada y el recuerdo de la espalda desnuda le volvió a la mente. Notó cómo su cuerpo se hacía cargo de la evocación vívida y cercana. Su mente decía no, pero el organismo decía sí. Se asustó de sus propios pensamientos. No eran dignos de ella. No eran propios de una dama, de una señora arquitecta... Podía ser que no se hubiese liberado tanto del veneno de la moralina social como a ella le habría gustado pensar.

Ascendió por el pequeño repecho que la separaba de la carretera y de la salvaguarda de su coche, que seguía aparcado en el mismo sitio en el que lo había dejado, convirtiéndose bajo los inclementes rayos del sol otoñal en un horno móvil. Se sintió aliviada al encontrarse de nuevo en el buen camino, en más de un sentido. Borraría lo sucedido de su mente y podría volver a la seguridad, al oasis que representaba en su vida el bueno de Sebastián.

Abrió la puerta del conductor y sintió el golpe de calor reconcentrado. Ni siquiera el aire fresco acumulado durante el viaje había preservado el habitáculo de convertirse en la antecámara del mismo infierno. Así que, además de la suya, abrió el resto de las puertas del vehículo. Sería mejor ventilarlo antes de emprender de nuevo la marcha, antes de retomar el camino que le llevaría a la casa de sus padres, la vieja casa del pueblo, la

morada en la que en otros tiempos fue tan feliz. ¡Cuánto amaba su padre aquella residencia estival! Y... ¿cuánto la amaba ella?

Nuria suspiró. ¡Ojalá hubiera podido ir con él una última vez antes de que el tiempo se le escapara! ¿Por qué siempre estaba ocupada para aquellos a los que amaba, las personas a las que quería profunda y profusamente? Su mente encontró rápidamente la respuesta. Primero, por la carrera. Tenía que acabar lo antes y lo más brillantemente posible para trabajar en el gabinete de Sebas. Después, la profesión a la que había dedicado por entero su vida. Trabajar sin descanso para amasar una pequeña fortuna con la que disfrutar de las comodidades de la vida moderna. Miró el BMW y sonrió. Se calentaba igual que el Seiscientos bajo los inclementes rayos del sol. ¿Dónde estribaba la diferencia? ¿Acaso no servían los dos para lo mismo? ¿No la llevaba y traía aquel pedazo de coche como lo hacía el viejo Seiscientos de su padre? Incluso los asientos, de tela o de cuero, al final, ¿no servían para albergar y descansar las posaderas lo mismo unos que otros?

Se quedó sumida durante un instante en sus propias reflexiones. Después, volvió a la realidad, preparando de nuevo el auto para continuar el viaje, aunque lo hizo de manera mecánica, desapasionada. Intentaba borrarlo, pero ahí seguía el misterioso desconocido, tomando sin pudor su baño bajo los rayos del sol de octubre.

Se sentó en el asiento de piel del conductor y rebuscó en los bolsillos de su chaqueta, que había arrojado sobre el del copiloto con cierto descuido. Estaba intentando dejarlo, pero ahora necesitaba uno desesperadamente. Podría jurar que lo guardó allí. ¿Dónde lo habría puesto? Su ánimo se impacientó y sus gestos se volvieron más agitados, más ansiosos...

De todas formas, lo del baño en el estanque era una tontería. Imaginarse a sí misma, una mujer adulta, ejerciendo de chiquilla de pueblo..., jugando con el agua... ¡Qué estupidez!

La mano nerviosa encontró al culpable de su deseo. Sacó el paquete de tabaco, de una marca americana terriblemente cara, y lo abrió enérgicamente. Sonrió casi aliviada al ver los largos filtros cilíndricos de color blanco marcados con letras doradas. ¿Cómo era aquella frase que decía el personaje que interpretaba Michelle Pfeiffer en los *Los Fabulosos Backer Boys*? “Ya que te envenenas, envenénate con lo mejor”. Sí, esa era. ¡Cómo le gustaba aquella expresión con aire decadente!

Sacó un pitillo y se lo llevó a los labios. Lo encendió con el mechero de plata que Sebas le había regalado por su último cumpleaños, a pesar de lo mucho que odiaba aquel hábito en particular. En una plaquita lisa, situada en la parte inferior, rezaba esta dedicatoria: *A mi mujer, mi amiga y mi amante, por y para siempre, con amor, S*. Una mueca de disgusto se dibujó en la cara de Nuria. Era tan típico de Sebas: “MI mujer”, “MI amiga”, “MI amante”. La posesión lo era todo para él, por eso le había molestado tanto que ella se hubiera marchado sola al pueblo, que lo hubiera excluido de sus planes a conciencia. Pero a Nuria le hacía falta ese descanso lejos del trabajo, de su vida cotidiana, de la rutina y, por encima de todo, de él. Esta última parte no se la había confesado, por supuesto, pero necesitaba una tregua de Sebastián y de su agobiante manera de estar siempre encima de ella, de su terrible forma de posesión, de autoridad, de supremacía masculina... ¡Cuánto odiaba esa postura de superioridad que a él parecía resultarle tan natural! Ese era precisamente parte del precio que Nuria tenía que pagar por la estabilidad. El precio del amor sin condición y de la seguridad de tener a alguien siempre a su lado, incansable. ¿El amor? Aún más, ¿el amor sin condición? ¿Con Sebas? Menuda contradicción acababa de pensar. “...por y para siempre, con amor, S”. De repente, se le antojó que siempre era mucho tiempo.

Exhaló una profunda bocanada de humo. No, lo que tenía con Sebas no era amor, era conveniencia. Raspándolo un

poco, incluso podía llegar a admitir que se trataba de dependencia mutua. Una vida plana, sin sorpresas no deseadas. En tres palabras: un total aburrimiento. Acababa de evocar su faceta de aventurera, su ansia de vivir cada segundo de existencia con una pasión desusada e inagotable. ¿Cómo podía haber llegado a convertirse en lo que era ahora? Una sombra gris en un mundo gris, viviendo una existencia gris, sin ninguna clase de color de la enorme e interminable gama que había transformado el mundo en sus años de niñez y de adolescencia. ¿Dónde fue a parar aquello?

Terminó el cigarrillo y lo apagó en el cenicero del coche. Como el resto últimamente, le había sabido amargo y le provocó un acceso de tos. Parecía que el tabaco comenzaba a perder el atractivo para ella. Aún así, tenía un efecto anestésico. No importaba que fuera psicológico o producto de la dependencia química, lo cierto era que le ayudaba a calmarse y a ver las cosas con perspectiva.

Giró la llave y, a la chispa del encendido, precedió el ronroneo del motor. Casi inmediatamente, el aparato de música comenzó a sonar. Había olvidado un disco compacto dentro. La pieza que reprodujo no era otra que *El lago de los cisnes*. ¡Amaba esa obra desde que era niña! Subió el volumen gracias al mando incorporado en el volante hasta que la obra musical casi amenazó con engullirla a ella, al coche e incluso al campo que los rodeaba... Después, quitó el freno de mano y volvió al camino seco y quebrado que le habría de llevar a la casa de su infancia, que sería el reducto de paz en estos días en que ya era adulta.

Una pequeña pendiente entre las montañas y pudo ver el valle en el que se encontraba el pueblo, como encajado. Cuando era niña le gustaba pensar que un enorme gigante lo sostuvo en el pasado entre sus manos y lo había transportado con mimo para depositarlo finalmente, con delicadeza, en su ubicación

actual, allí, en mitad del valle. Una flor blanca con decenas de pétalos imperturbables entre la agreste belleza de las montañas marrones y grises. Un remanso de tranquilidad en una marea de tierra embravecida.

Era la hora de dar el parte. Mejor avisar a Sebas de que había llegado bien. Conociéndole como le conocía, estaría preocupado y nervioso. Lo estaba siempre ante cualquier situación que escapaba a su férreo control absolutista.

Cogió el teléfono móvil para comprobar que estaba fuera de cobertura. ¡Estupendo! Bueno, si tan preocupado estaba Sebastián, podía haber llamado él mismo. A fin de cuentas, seguro que a lo largo del camino no había estado todo el tiempo incomunicada. ¡Qué importaba! Se recordó a sí misma que necesitaba alejarse desesperadamente de él durante unos días.

Agarró con fuerza el volante y se dispuso a comenzar el descenso hasta el pueblo, envuelta en la dulzura de la melodía que excelentemente reproducía el carísimo aparato de música del coche.

Iván Martínez Hulin

EL VUELO DEL CISNE



Nota

El libro en su formato de papel se encuentra en su tercera edición y consta de 236 páginas.